

bam
bú

Nasario

Ricardo
Alcántara



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2018, Ricardo Alcántara, por el texto
© 2018, Albert Asensio, por las ilustraciones
© 2018, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2018
ISBN: 978-84-8343-546-5
Depósito legal: B-29859-2017
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Nasario

En la biografía de Nasario, como en la de casi todos los mortales, había de todo un poco. Aunque, pensándolo bien, en la suya había más de poco que de todo.

Nació a finales de noviembre, pero aquel año, extrañamente, en el pueblo hacía un frío de pleno invierno.

Le pusieron de nombre Nasario, igual que su padre, su abuelo, su bisabuelo...

El niño era tan feo que Margarita, su madrina, se negó a bautizarlo.

–Mujer, no te preocupes, con el tiempo mejorará –le aseguraban unos y otros, hasta que lograron convencerla.

Nasario tardó en echarse a andar; en cambio, habló bastante rápido. Sus primeras palabras fueron «mamá» y «papá». Al oírle, sus padres se sintieron felices.

Nasario comenzó la escuela con seis años y, aunque era de los más bajos de la clase, la maestra lo sentó en la última fila. Tenía tantas cabezas delante que el niño pensaba que por eso no veía la pizarra.

Sus compañeros pronto comenzaron a meterse con él, porque no era demasiado listo, ni guapo. Era bastante bajito, llevaba la ropa vieja y remendada, era muy patoso y cada dos por tres tropezaba con la puerta, las mesas, la papelera y el resto de los niños...

A los siete años, descubrieron que no veía más allá de sus narices y le pusieron gafas. Por fin, Nasario consiguió ver lo que escribía la maestra en la pizarra, y sus compañeros tuvieron otro motivo para burlarse de él, pues era el único de la clase que llevaba gafas y las suyas eran realmente espantosas.

Poco después, se llevó su primera colleja por parte de la maestra. Aunque el niño usaba todos los dedos, no conseguía sumar catorce más diecisiete y ella perdió los nervios. Luego vinieron otras collejas, otras y otras, pero esa, al ser la primera, fue la que le marcó más. Tal vez por eso nunca sintió especial aprecio por las matemáticas ni por su maestra.

Acababa de cumplir los ocho cuando comenzó a preguntarse por qué su casa era así de pequeña y él debía dormir en el comedor. Y por qué su familia solo tenía un huerto junto a la casa, mientras sus vecinos debían recorrer la finca a caballo.

–Así ha sido siempre y esas cosas no cambian –trataban de enseñarle sus padres. Pero él no acababa de entenderlo.

Tenía nueve cuando se enfadó definitivamente con los Reyes Magos: a todos sus vecinos les habían dejado una bicicleta; en cambio, a él, el camioncito de madera de todos los años.

Con doce años recién cumplidos, vio cómo la mayoría de sus compañeros se iba del pueblo para seguir estudiando; él debía quedarse para ordeñar la vaca, cuidar del huerto y poner remiendos en el techo de la casa para que no lloviera dentro.

A los trece dio un buen estirón, le salieron los primeros pelillos en el bigote y se volvió tan vergonzoso que por todo se ruborizaba. A partir de entonces, cuando se sentía solo y triste, subía al tejado de la casa y miraba el cielo, los campos vecinos, el infinito...

Un bicho raro

Nasario no se sentía a gusto dentro de su cuerpo. No entendía qué pasaba, pero no se veía igual que los chicos de su edad. Tampoco se parecía a los mayores, ni mucho menos a los niños más pequeños. Pensaba que él era un bicho raro, y eso le hacía sentirse perdido.

Cuando notaba que las paredes de su casa lo aprisionaban más de la cuenta, cuando en el huerto no encontraba un lugar donde estar a gusto, cuando ni siquiera le apetecía ir andando hasta el río, subía al tejado y allí pasaba las horas. No hacía nada especial, simplemente paseaba la mirada e imaginaba. Pensaba qué diferente sería su vida si en vez de vivir en esa casa tan pobre fuera el dueño de los campos y las casas vecinas.

Sin dificultad, se veía recorriendo la finca a caballo, yendo de viaje en el coche con sus padres, vistiendo ropa bonita y que lo trataban con respeto porque era un joven rico.

Daba por hecho que todos sus problemas se solucionarían.

«¿Por qué el mundo es así de injusto? Unos tienen tanto que los demás nos hemos quedado sin nada», se decía. Y eso lo dejaba más abatido y pensativo.

«A mí me ha tocado ser pobre, como mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo... Todos los Nasario de mi familia jamás han tenido donde caerse muertos. Jo, vaya familia», se quejaba, convencido de que tendría que haber nacido en una casa muy diferente a la suya.

El padre de Nasario, también llamado Nasario para no romper la tradición familiar, era hombre de pocas palabras; solo las justas y necesarias. Lo suyo era el campo, donde trabajaba y miraba el cielo por si anunciaba tormenta. Pero, al ver a su hijo tan serio y callado, el hombre se preocupaba. Se tomó su tiempo para pensar, hasta que, por fin, le dijo:

–Hijo, ¿qué te pasa?

Nasario tenía ganas de explicarle, de soltar todo aquello que tenía dentro, pero no sabía cómo comen-

zar y callaba. Le pasaba lo mismo que a su padre: él también era de pocas palabras.

En vista de ello, su madre trataba de ayudarlo.

–Cariño, pareces triste, no me gusta verte así. Cuando sonrías estás mucho más guapo. Venga, sonríe –le pedía la mujer.

Nasario lo intentaba, pero no siempre lo conseguía.

Su padre le explicaba:

–No quieras correr demasiado rápido. Tiempo al tiempo. Lo que hoy te preocupa, mañana lo verás como una tontería.

Nasario lo escuchaba atentamente, confiando en que lo que su padre decía fuera cierto.

Nasario

El tiempo pasaba y el malestar de Nasario no desaparecía, todo lo contrario.

Todavía tenía trece años cuando una mañana de domingo, mientras daba vueltas por la plaza del pueblo, se cruzó con una chica de su misma edad a la que no conocía. Nasario la miró, se ruborizó como nunca, rápidamente desvió la mirada y se marchó de allí dando zancadas.

A la semana siguiente, volvió a la plaza con la esperanza de encontrarse con la chica. Ella estaba allí. Paseaba tranquilamente junto a Jacobo, uno de los jóvenes más ricos del pueblo, que había vuelto por vacaciones. Nasario dio media vuelta y huyó.

De camino a casa, pateó unas cuantas piedras y gritó con ganas, pero nada de eso conseguía aliviarlo. Sintió rabia e impotencia y concluyó que ninguna chica se fijaría en él porque era más pobre que las ratas. Tal era su desespero que le cayeron las lágrimas.

Fue a los catorce, en un momento de rebeldía que jamás olvidaría, cuando, subido al tejado, paseó la mirada por los campos vecinos y se prometió: «Algún día seré el dueño de todas esas tierras; hasta donde alcanza mi vista, serán mías. ¡Lo prometo!».

Antes de acostarse preparó un hatillo, luego se tendió sobre la cama y estuvo toda la noche con los ojos abiertos.

A la mañana siguiente, antes de que los gallos del pueblo se pusieran a cantar, él se levantó. Asomó la cabeza en la habitación de sus padres y se demoró observándolos. Cabizbajo, regresó al comedor, cogió papel y lápiz y les escribió una nota que decía: «Volveré con los bolsillos llenos de dinero y compraré todas las tierras que rodean nuestra casa. Os sentiréis orgullosos de mí. Adiós».

Sin más demora, para no tener tiempo de arrepentirse, se marchó sin volver la vista atrás.

Caminó, caminó y caminó. Llevaba el hatillo en la mano, el sombrero de paja en la cabeza, las sucias

gafas sobre la nariz y las agujereadas zapatillas en los pies. «A partir de ahora, la suerte me sonreirá», había oído decir al carnicero, y él comenzó a repetirlo, aunque en el fondo no estaba convencido de que diera resultado.

La primera noche durmió recostado junto al tronco de un árbol, al borde del camino, encogido de frío. La segunda, en el banco de la plaza de un pueblo tan pequeño y tranquilo como el suyo. La tercera, en un establo, en compañía de unas cuantas vacas. Aunque olía bastante mal, al menos no estaba solo. Pronto se le acabó la poca comida que llevaba y le asaltaron mil dudas: «¿Habré hecho bien en marcharme? ¿No habrá sido una rabieta de niño pequeño?», temía.

Nasario andaba sin descanso, deseoso de encontrar la posibilidad de ganar dinero y regresar junto a sus padres cuanto antes.



Todo siempre igual

Sin sospecharlo siquiera, paso a paso Nasario se acercó a un pueblo muy especial. Allí, tanto en invierno como en verano amanecía siempre a la misma hora, exactamente a las 06:41. El cura se daba prisa en repicar las campanas, pues le gustaba que todos supieran que era el primero en despertarse.

Pero Julieta, la mujer del alcalde, llevaba un buen rato con los ojos abiertos.

–Otra noche de insomnio, y van... –se quejaba siempre a la misma hora, porque en aquel pueblo se hacía todo siempre igual.

La mujer se levantaba entre bostezos y se asomaba a la ventana para ver pasar a Manolo, el sobrino del cura, con su vaca camino del prado. La vaca caga-

ba en medio de la plaza, justo a tiempo para que Ernesto, el farmacéutico, que salía de su casa, avanzara distraído y pisara la caca.

–¡Vaya con el animal! ¡Con todo el espacio que tiene para hacer sus cosas, se le ocurre hacerlo en medio de la plaza! –exclamaba enfadado, lamentándose por su zapato, que estaba tan sucio que daba pena mirarlo.

Al oír sus gritos, Mercedes se asomaba a la puerta para ver qué había pasado.

–Dicen que pisar caca trae suerte –le decía tratando de animarlo.

Ernesto jamás respondía; bastante atareado estaba tratando de limpiar su zapato.

«¡Qué grosero! ¡Es un maleducado!», pensaba Mercedes, mientras entraba en la casa. Dándose prisa, se encaminaba a la cocina para preparar un pastel, pues su ahijada cumplía cuatro años.

«¿De qué lo hago?», se preguntaba cada día a la misma hora. Luego de darle muchas vueltas, decidía: «¡De chocolate!».

Abría la despensa y ponía mala cara, pues el chocolate se le había acabado. Se quitaba el delantal refunfuñando en voz baja e iba a la tienda de ultramarinos. Aprovechaba para comprar el pan y una bolsa de magdalenas.

Día tras día, cuando iba a salir de la tienda, comenzaba a llover. Eran las 08:30 y a esa hora siempre llovía.

Mientras esperaba a que amainara, abría la bolsa y comía una magdalena. A las 08:46 dejaba de llover; entonces, Mercedes regresaba a su casa. El suelo estaba mojado y ella resbalaba, con tal mala suerte que las magdalenas rodaban por el suelo. Ella las recogía rápidamente, pero una se quedaba junto al bordillo de la acera.

Mercedes, mientras con una mano sujetaba la bolsa de la compra y con la otra se daba friegas en las nalgas, pensaba: «¡Jo! ¡Qué daño!». Con tantos golpes, tenía el culo morado. Renqueante, como un pirata con la pata de palo, se dirigía a su casa.

Aún no había llegado cuando un par de palomas se posaban en el suelo y picoteaban la magdalena. Al verla, el gato de doña Engracia se acercaba sigiloso, dando por hecho que de plato principal tendría paloma y de postre magdalena.

Así iban pasando los días, como si fueran una fotocopia del día anterior, y del otro y del otro.

Al pueblo en cuestión no llegaban trenes ni autocares, ni pasaban coches. Los vecinos lo tenían tan escondido que no aparecía en ningún mapa. Solo un camino, tortuoso y desdibujado, conducía hasta el

pueblo. Era muy estrecho, estaba lleno de baches y tenía tantas piedras que no convidaba a pasar por él. Por si eso fuera poco, a ambos lados del camino había infinidad de carteles que indicaban: «Prohibido el paso a objetos, cosas, animales o personas». Todos los carteles tenían la misma inscripción.

Nasario tenía las gafas tan sucias de polvo que no los vio. Enfiló por aquel siniestro camino y avanzó decidido, como si unos brazos amigos lo estuvieran esperando al final.

Cuando llegó al pueblo, todavía llovía; pero en cuestión de minutos la lluvia cesó: eran las 08:46. Mercedes salió de la tienda. El suelo estaba mojado y ella resbaló, con tal mala suerte que las magdalenas rodaron por el suelo. Ella las recogió rápidamente, pero una fue a parar a los pies de Nasario.

Acostumbrada a no ver a nadie, Mercedes ni siquiera notó la presencia del forastero; siguió su camino como cada día. Con una mano sujetaba la bolsa de la compra y con la otra se daba friegas en las nalgas, mientras pensaba: «¡Jo! ¡Qué daño!». Con tantos golpes, tenía el culo morado. Renqueante, como un pirata con la pata de palo, se dirigía a su casa.

Nasario recogió la magdalena del suelo, sin saber qué hacer. Tenía tanta hambre que se la habría comido en dos mordiscos, pero la magdalena era de

aquella joven y a él no le parecía correcto quedársela así, por las buenas. «No estaría bien», se decía. Finalmente, el hambre pudo más que las buenas intenciones y se la metió toda entera en la boca.

–Ya no está –dijo, enseñando las manos vacías, por si alguien tuviera la intención de acusarlo o reclamársela.

Al verlo, las palomas se pusieron a chillar. En su idioma, protestaban airadamente: «Oye, esa magdalena era nuestra. ¿Cómo te atreves?».

Y el gato, que esperaba el momento de entrar en escena, se puso a maullar inquieto.

–¿Qué diablos le pasa? –quiso saber doña Engracia, la dueña del gato, y levantó la mirada, aunque no estaba previsto que lo hiciera.

Al ver a un extraño en medio de la plaza, chilló horrorizada. Ni una legión de zombis la habría asustado tanto.

–¡Socorro! ¡Socorro! –gritaba, con los pelos de punta y el brazo estirado, señalando a Nasario.

Entre la señora Engracia, las palomas y el gato formaron tal alboroto que los vecinos del pueblo acudieron veloces para ver qué pasaba. Incluso Manolo, tironeando de la vaca, se sumó al corro.

Al pasar por la plaza, el animal se sintió inspirado para hacer sus necesidades, pero al verse rodeado

de tanta gente le dio apuro y se aguantó como pudo. «Eso sí, en cuanto me aleje unos pasos, será lo primero que haga», decidió.

Aunque tenía fama de ser muy tranquilo, el cura observaba el espectáculo y notaba que los nervios lo devoraban. Los minutos iban pasando y nada era como debía ser: lo que sus ojos veían era algo parecido al caos.

Tratando de zanjar el problema antes de que fuera insalvable, recogió la sotana para no tropezar y caer, corrió hacia el campanario. Desde allí, en una demostración de inteligencia y valentía, sujetó las agujas del reloj para detener el tiempo.

–¡Ah! –suspiró desde lo alto, mientras allá en la plaza el escándalo era cada vez mayor.

–Joven, tendría que irse por donde ha venido, aquí nadie lo ha llamado. Aunque no lo parezca, está molestando –indicó el alcalde, pues para él lo más importante era el bienestar y la seguridad de su gente.

Unos y otros lo miraban con tal mala cara que Nasario se sintió como en casa. «Seguro que en el fondo son buena gente y aprenderán a quererme», pensó, llevado por la costumbre.

–Me gustaría que viniera a mi fiesta –dijo la niña que cada día cumplía cuatro años, harta de ver siempre las mismas caras en su cumpleaños.

–¡Qué dices! –le regañó Mercedes, su madrina, escandalizada al ver que la niña pretendía que las cosas fueran diferentes–. Para él no tendríamos una silla donde sentarlo ni un plato para servirle un trozo de pastel –le explicó.

–Aun así, me gustaría que se quedara –insistió la cría.

–¡Hay que ver lo pesada que te pones! –se molestó Mercedes.

El alcalde deseaba acabar con todo aquello cuanto antes.

–Vamos a ver, que levante la mano quien quiera que este forastero, al que nadie conoce ni sabe con qué intenciones ha venido hasta aquí, se quede en el pueblo.

Solamente la niña levantó la mano.

–Un voto –anunció el alcalde, y lo anotó en una libreta para no olvidarlo. Aunque el resultado era más que evidente, siguió con la votación–: Que levante la mano quien quiere que se marche cuanto antes.

Todos los demás la levantaron. Aunque no era necesario, al alcalde le pareció más solemne contar uno por uno, lo cual le llevó su tiempo porque cada dos por tres uno de los vecinos se movía, él se descontaba y tenía que volver a empezar.

–Daos prisa, que ya no me aguanto –pidió el cura desde lo alto.

«Ni yo», reconoció la vaca, tratando de pensar en el prado para olvidar lo que realmente la apremiaba.

–Jovencito, visto lo visto, lo mejor será que te largues por donde has venido cuanto antes –dijo el alcalde con cara de pocos amigos.

El resto de vecinos imitó su gesto, por lo que a Nasario le pareció que debía despedirse, dar media vuelta y arrancar a andar con el hatillo en la mano.

Y se marchó. «Qué pena, parecía buena gente. Eran como los de mi pueblo», reflexionaba el muchacho mientras andaba paso a paso.

–¡Todos a sus puestos! –indicó el cura desde lo alto del campanario. Atrasó un poco la hora para recuperar la normalidad. Luego dejó que las agujas del reloj volvieran a dar vueltas y más vueltas al compás del tictac.

Mercedes salió de la tienda. El suelo estaba mojado y ella resbaló, con tal mala suerte que las magdalenas rodaron por el suelo. Ella las recogió rápidamente, pero una se quedó junto al bordillo de la acera.

Eran las 08:48 y el pueblo había recuperado sus viejas y conocidas costumbres, lo que a sus habitantes les daba mucha paz y tranquilidad.